Historias medievales para sensibilidades románticas

Relatos sobre el tiempo de Juan II de Castilla

Montserrat Ribao Pereira, coord.

Universidade de Vigo

Servizo de Publicacións

2018

MONOGRAFÍAS DA UNIVERSIDADE DE VIGO. HUMANIDADES E CIENCIAS XURÍDICO-SOCIAIS, Nº 118.

Edición
Servizo de Publicacións da Universidade de Vigo
Edificio da Biblioteca Central
Campus de Vigo
36310 Vigo

© Servizo de Publicacións da Universidade de Vigo, 2018
© Montserrat Ribao Pereira

Imágenes propiedad de la Biblioteca Nacional de España.
Imagen de portada: Don Álvaro de Luna es herido en una justa. Biblioteca Nacional de España.

ISBN: 978-84-8158-784-5
D.L.: VG 377-2018

Maquetación e impresión: Tórculo Comunicación Gráfica, S.A.

Reservados todos os dereitos. Nin a totalidade nin parte deste libro pode reproducirse ou transmitirse por ningún procedemento electrónico ou mecánico, incluídos fotocopia, gravación magnética ou calquera almacenamento de información e sistema de recuperación, sen o permiso escrito do Servizo de Publicacións da Universidade de Vigo.

LA MADRE RIVAL

I

Por los años de 1412, cuando la minoría del rey don Juan y la ausencia del infante don Fernando, llamado a reinar en Aragón, daban a la reina madre doña Catalina todo el poder que ella podía apetecer, vivía a su sombra la condesa viuda de Castilla.

Esta mujer, que aún no había cumplido su trigésimo octavo año, unía a una buena presencia el deseo más descomedido de lucirla y a un carácter irascible la ambición más extremada, que, como es consiguiente, engendraba en ella otras mil pasiones que le son inseparables. Doña Teresa de Luna vivía en la corte sin poner límite a sus deseos. El favor de la reina no era el solo de que gozaba; su primo, el célebre don Álvaro de Luna, disfrutaba ya de un predominio que le habían hecho adquirir un talento gigantesco y las virtudes políticas más brillantes. Don Álvaro, más joven que ella, casi puede decirse que había cedido a la fascinante coquetería de la condesa y el orgullo de esta estaba satisfecho con la lisonjera idea de dominar a quien todo estaba sujeto.

Por aquel mismo año cumplía su decimoctavo la hija que la condesa había tenido del difunto conde de Castilla y, concluyendo al mismo tiempo su educación, se hacía necesario que saliese del convento donde hasta entonces había vivido o que tomase el velo. La abadesa de aquel se oponía fuertemente a este último partido, porque,

amando tiernamente a la joven Beatriz, había tenido ocasión de estudiar sus inclinaciones y alejar de su mente la idea de consagrarse a una vida cuyo menor desagrado es el de condenarse al terrible tormento de morir viviendo.

La condesa, sin embargo de que ignoraba la hermosura y gracias de su hija, hubiera querido evitarse el disgusto de traer a su lado un testimonio de su edad, pero no le fue posible y tuvo que ceder al imperio de la necesidad. Beatriz llegó a la corte y su aparición fue un rayo que aterró a su madre. Todo cuanto la naturaleza ha podido producir de gracia y de hermosura lo había prodigado en aquel ángel: sus negros ojos rasgados dejaban leer la belleza de su alma, la sonrisa que adornaba su carminada boca, la dulzura de su carácter, el color subido que aparecía a veces sobre la nevada mejilla, su modestia ajena de afectación.

Beatriz fue presentada a la reina. Su vista produjo una sensación general en la corte. No se hablaba de otra cosa en todas las reuniones, las damas mismas la elogiaban. Dos seres solamente permanecían mudos en medio de aquel entusiasmo, su madre y don Álvaro. La primera, sorprendida de su propia imprudencia, no se perdonaba la necia inadvertencia en que había incurrido. El segundo, herido de muerte con la vista de Beatriz, ni sentía ni pensaba, ¡apenas sabía si existía! Su pasión, como todos los afectos de aquel grande hombre, fue voraz y, cuando hubo despertado del sopor en que le había sumergido la primera impresión, se convirtió en torrente impetuoso que nada contiene. Su primer movimiento fue arrojarse a los pies de Beatriz y recibir allí la muerte con su negativa o una ventura infinita con la esperanza. Pero una idea horrible le detiene… Tal vez Beatriz ama a otro hombre y él va a leerlo en sus ojos. ¡Jura exterminar…! Pero ¿a quién? Corre al cuarto de la reina, le declara su amor, o mejor dicho su locura, vuela a la presencia de su amante y con un hierro en la mano la amenaza con el suicidio si no favorece sus miras. La condesa, astuta, conoce la impetuosidad de su carácter. La vida del favorito le era necesaria y quiere conservársela: otra víctima pide su saña y jura inmolarla. Procurando dulcificar sus palabras templa el ánimo del enamorado joven, le hace entrever esperanzas y aconseja la calma y prudencia tan necesarias para conseguir. Ella misma se ofrece a servir sus amores, dándose por muy satisfecha de un prometido enlace que asegura el bienestar de su hija querida.

A partir de entonces el enamorado don Álvaro no omite medio de hacerse amar y la cruel condesa nada que pueda hacer perder a los ojos del amante todo el mérito de la amada. El primero consiguió su objeto. Beatriz no pudo dejar de ser sensible a la acendrada pasión de un hombre que tenía mil títulos para ser querido. Y después de un año de tormentos el apasionado joven vio abrirse el cielo de la esperanza. Pero… Beatriz no había nacido para gustar una felicidad completa. Apenas acababa de ofrecer un amor puro a su amante cuando empezó a experimentar la más singular variación de

carácter en aquel: tan pronto llegaba a su lado risueño, contento y festivo, como volvía en un estado de frenesí que le hacía desconocer.

Todo el amor de Beatriz no bastaba a calmarle; ninguna explicación daba de tanto capricho. Si en aquellos momentos su amante quería tranquilizarle, parecía que cada palabra cariñosa era una chispa eléctrica que le ponía en combustión. Por más de una vez tuvo Beatriz el pesar de ver correr la sangre de Álvaro por las heridas que le había hecho una espada enemiga. Esta conducta era incomprensible para la enamorada joven. Sus preguntas no tenían el resultado apetecido, no aclaraban aquel misterio. Si el fogoso amante estaba satisfecho no la daba otra respuesta que sus caricias; si, por el contrario, su espíritu estaba dominado por uno de aquellos vértigos que solían acometerle, se limitaba a pronunciar monosílabos que le daban a entender que ella era la causa.

El delirio del de Luna había llegado a un grado difícil de describir. Una tarde, en fin, se acerca a él una mujer, cuyo rostro tapaba un amplio manto, y pone en sus manos un pliego, desapareciendo inmediatamente. Abre el papel con precipitación y lee: "*A las doce en punto de la noche os espera a la puerta de vuestra casa quien os quiere descubrir la negra traición que os ridiculiza"*. Don Álvaro ha comprendido lo que el papel quiere decirle. Son las siete, cinco horas faltan para las doce. Un siglo es la primera, mil la segunda; su impaciencia no tiene límites en la última. De pie, sobre el umbral de la puerta, espera con ansia que el reloj suene la media noche. Ningún ruido le da indicios de que otro ser espera como él. Está a punto de perder la paciencia cuando suena la campana de la vecina torre. Su corazón repite los golpes de aquella y en breve distingue un bulto negro que en la oscuridad se dirige hacia él. Impaciente quiere preguntar, pero el bulto, poniéndole una mano suave en la boca, le coloca una venda en los ojos y le arrastra tras sí.

Cerca de media hora habían tardado en caminar cuando una serie de escalones que se presentaron a las plantas de don Álvaro le hicieron conocer que el lugar de la escena cambiaba de altura.

Detúvose la persona que le guiaba y, quitándole la venda y señalándole a una puerta, le dice:

—Entra —y desaparece.

El joven hubiera querido más explicaciones, pero ni encuentra ya a su conductor ni ve delante de sí más que la puerta. Su curiosidad era mucha para permitirle que permaneciese más tiempo inmóvil.

Empuja la puerta, pero ¡oh sorpresa!, en el mismo momento un joven desaparece por el balcón que da al jardín. Una mujer medio desnuda se incorpora en un lecho y sobresaltada da un grito. Los vestidos de un hombre esparcidos por la estancia dan a conocer que el que se ha escapado no ha tenido el tiempo suficiente para cubrirse del todo. El atónito don Álvaro apenas comprende lo que quiere decir

todo aquello, pero vuelve la vista hacia la desventurada que, incorporada en el lecho, manifiesta su sorpresa.

—¡Beatriz! —exclama furioso y va a lanzarse hacia ella con la espada desnuda.

Pero en el mismo momento, la condesa, rodeada de criados y gente armada, y acompañada de una multitud de personas, se presenta y le detiene.

—¡Qué vais a hacer! A mí me toca su corrección.

II

Trece meses había que don Álvaro de Luna luchaba con la pena que había herido su corazón en la terrible noche que mencionamos en otra parte. Las artificiosas caricias de la condesa de Castilla no bastaban a disminuir su dolor. Un denso velo había cubierto aquella escena, nada había podido averiguar después de tan fatal noche y la criminal mujer que causaba tanta amargura, encerrada en un claustro, esperaba en breve el momento de consagrar a la penitencia el resto de una vida que le era odiosa.

Una noche en que el de Luna, con la cabeza apoyada en las manos, meditaba profundamente sobre la facilidad con que podemos engañarnos en nuestros juicios, oyó una voz extraña y, alzando los ojos, vio delante de sí un anciano cuyo hábito indicaba haberse consagrado a la vida monástica.

—¿Quién sois? ¿Qué queréis?

—Que me otorguéis una gracia.

—Hablad.

—Un hombre que está próximo a comparecer ante el tribunal del supremo justiciero exige veros.

—¿Y con qué fin?

—Se niega a recibir el socorro espiritual si no se le concede este favor.

—Guiadme.

No habían andado mucho cuando el conductor de don Álvaro, acercándose a una cadena que colgaba junto a una enorme puerta, tiró de ella. Un minuto después subían uno y otro una ancha escalera. Al fin de un claustro se veía otra puerta mayor que las que simétricamente estaban colocadas en toda su extensión. El religioso hizo abrir esta como la anterior y en breve se vieron los dos delante del lecho del moribundo. No le era posible adivinar al de Luna el motivo que tuviese el enfermo para desear su vista y ardía en impaciencia porque se explicase, pero el infeliz parecía más un cadáver que un ente animado.

Esperó bastante tiempo el impaciente caballero antes que el desgraciado articulase una sola palabra, pero volviendo como de un sueño exclamó en voz moribunda:

—No dejéis morir a un cristiano sin penitencia.

—Aquí estamos, hijo —le dijo un religioso que tenía en la mano una imagen de Cristo crucificado—, aquí estamos, prontos a recibir vuestro acto de contrición…

—No lo haré si no es en presencia de don Álvaro de Luna.

—Ya le tenéis delante —dijo el mismo don Álvaro.

—¡Ah, señor, perdonadme…! O más bien no me perdonéis y así habré perdón en la vida eterna… Escuchadme… En el convento de Nuestra Señora de Guadalupe, a trece leguas de aquí, hay una mujer… Esta mujer, a quien yo no conocía, fue víctima de la venganza de otra mujer, a quien por mi desgracia conocía demasiado… Yo era el agente secreto de la condesa de Castilla… —Un movimiento convulso agitó todos los miembros de don Álvaro—. Por algún tiempo se limitaron las arterías de esta —continuó el moribundo— a propalar especies calumniosas contra su víctima, a hacer llegar a vuestras manos anónimos y otros avisos que os ponían en un estado difícil de describir. Por último, meditó el golpe que había de consumar el sacrificio… Yo fui el instrumento… Cuando creyó llegada la hora de su venganza hizo reunir en su casa, bajo diversos pretextos, a sus deudos y amigos… Os hizo conducir con engaño al cuarto de la desventurada, que con la calma de la inocencia dormía profundamente. Lo que allí pasó ya lo sabéis; el que escapó por el balcón fui yo, que tuve cuidado de ocultaros mi edad y deforme figura para haceros creer mejor la estratagema.

III

El sonido de una lejana campana anunciaba a don Álvaro de Luna el fin de sus fatigas, pero un secreto presentimiento le tortura, no puede explicarse el motivo, sin embargo, tanto cuanto desea la entrevista que viene a solicitar. Aquella campana le anuncia la próxima profesión de alguna nueva víctima del claustro. La vista del convento donde está encerrado el objeto de su amor le distrae de las penibles reflexiones que esta circunstancia despierta en él.

Pocos momentos después ve dos mujeres que, caminando con mesurado paso, se acercan a la puerta que tienen delante de sí. El talle y formas de la una le son muy conocidos y habría volado a echarse a sus pies si el temor de disgustarla no le hubiera detenido. Su fiel Fernando ha corrido ya y pone en las manos de Beatriz el pliego que de antemano tiene preparado. Su amor, su arrepentimiento, todo está pintado allí. Beatriz devora con los ojos aquel escrito, un rayo de gozo ilumina su rostro, ve ya abierto delante de sí un cielo de ventura, ya se alejan de su vista los ennegrecidos muros que tanto horror le inspiran… ¡Pero ay…! ¡Una reflexión destruye toda su esperanza…! Su deshonra ha tenido tan célebre publicidad y la traición que la causó es tan inverosímil que, lejos de que aquel enlace lave la mancha que la envilece, la ennegrecería más a los ojos del mundo, imprimiendo un sello de ridiculez sobre el único ser que la ama en la tierra.

Devuelve el pliego al joven Fernando y con acento de dolor articula estas palabras:

—Volved a vuestro señor… Decidle que le amo demasiado para sacrificar su honor a mi reputación.

La sorpresa del de Luna solo puede ser comparada a la acerba pena que devora a Beatriz. Entra en el convento donde la espera la terrible ceremonia. ¡Ya pronuncia el fatal voto…! Los circunstantes la ven reclinarse en el doble almohadón que tiene delante de sí y esperan largo tiempo a que haya acabado de orar… La religiosa que la sirve de madre, su buena tía, quiere advertirla que la esperan, toca su mano… ¡Estaba muerta!

IV

Al mismo tiempo que se celebraban en el convento de Nuestra Señora de Guadalupe las exequias de una virgen, un pueblo inmenso se agrupaba en derredor de un palacio… El cuerpo de una mujer sin vida excitaba su curiosidad… Una daga enterrada en el pecho de la víctima no dejaba ver más que un rico puño de oro guarnecido de brillantes… En su mano izquierda tenía fuertemente apretada una banda a medio bordar con estas letras: *Teresa de Luna, cond*…